

## **Migrantes mexicanas en los escenarios familiares de las comunidades de origen: amor, desamor y dolor**

*María da Gloria Marroni*

Vânia Salles (1940-2006), *in memoriam*\*

### **Introducción: cultura migratoria, escenarios y actores<sup>1</sup>**

FLORA ES UNA JOVEN INDÍGENA DE 22 AÑOS, ORIGINARIA DE UNA de las comunidades del Valle de Atlixco, que migró a Estados Unidos por iniciativa propia en 1998 en una época en que esto no era aceptado en la localidad. Cuando la entrevisté por vez primera, a raíz de su experiencia, me enteré de que su conocimiento de la ciudad de Puebla era reducido. Como Flora, muchos habitantes de la región (hombres y mujeres) que han migrado a Estados Unidos tienen poco o ningún conocimiento de la ciudad de Puebla. A las jóvenes de estos lugares les están vedadas las oportunidades de moverse fuera de la ciudad de Atlixco. Cuando lo hacen deben pedir permiso y estar acompañadas de una persona de confianza. ¿Por qué una habitante de estas comunidades, que usualmente no se desplaza fuera del circuito de influencia de la ciudad de Atlixco, es capaz de cruzar la frontera México-Estados Unidos de manera ilegal, alcanzar este país, establecerse ahí, y retornar a la región?

\* El deceso de Vânia Salles, ex directora de la revista y entrañable amiga, ocurrió después de entregar la última versión de este artículo. El recuerdo imborrable de su sonrisa, que cultivaremos con cariño y constancia, nos seguirá alentando siempre. *Saudades...*

<sup>1</sup> Agradezco a Josefina Manjárez, Ana Marja Cuatli y Benito Reyes su participación en este proyecto. Mi agradecimiento a la población de las comunidades estudiadas por la confianza que me depositaron. Este documento es parte de los avances del estudio “La mexicana migrante y su familia: solidaridad, tensiones y conflictos en el grupo doméstico”. El proyecto fue realizado con el financiamiento de la Secretaría de Educación Pública —Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica— Dirección General de Educación Superior. Convenio I-27-04/EDH/I. Proyecto No. 2704.

La respuesta a esta pregunta es sugerida por la categoría de cultura migratoria. Para Margulis (citada por Scudeler, 2005) se trata de una predisposición, motivada por factores de orden histórico, cultural y socio-económico, a desplazamientos geográficos tanto internos como externos a un territorio nacional.

Cuatro elementos pueden ser destacados como característicos de una cultura migratoria: *a)* la socialización de las personas en un proyecto de vida que implica desplazarse de sus lugares de origen y la información de cómo pueden hacerlo; *b)* la autorreproducción del proceso; *c)* la existencia de regiones de origen y destino definidas, y *d)* las redes que se forman para vincular ambas. La cultura migratoria es un capital social de raigambre comunitaria, propia de los habitantes de un contexto específico, independientemente de que hayan o no migrado, y de su disposición o rechazo a hacerlo.

Hoy la región de Atlixco —incluido su centro neurálgico, la ciudad del mismo nombre, así como varias comunidades rurales ubicadas en el valle— muestra el nuevo mapa migratorio de México; una migración reciente, distinta, pero consolidada.

El concepto de cultura migratoria, uno de los pilares interpretativos del material presentado en este documento, se articula con las categorías *escenarios, actores, y representación*. Además de su significación teórica, estas categorías se imponen por su propuesta metodológica. Remiten a las orientaciones fenomenológicas hermenéuticas y a sus consecuentes técnicas de investigación cualitativa que fundamentan el quehacer de la sociología (Schütz, 2003; Moreira, 2002; Taylor y Bogdan, 1987; Berger y Luckmann, 1966; Schwartz y Jacobs, 1984; Goffman, 2004; Galindo Cáceres, 1998).

Estas orientaciones no son homogéneas, comportan una diversidad de aproximaciones pero coinciden en aspectos nodales de su percepción en la manera en cómo las ciencias sociales (y la sociología en particular) pueden y deben conocer el mundo. Enfatizan la importancia del investigador como parte del escenario del estudio, consideran las distintas versiones y representaciones de los sujetos investigados, priorizan la comprensión de los fenómenos con base en la empatía del investigador, valorizan la intersubjetividad de los actores como una forma de conocer el mundo y como una fuente de la producción del conocimiento para el investigador; y rechazan, al final, la idea de que las ciencias sociales deben utilizar los métodos de las ciencias naturales para alcanzar el estatus que éstas tienen.

Tampoco están exentas de las críticas y del debate académico que opuso subjetivistas y objetivistas, actores o estructuras sociales, determinismo y/o libre arbitrio, y la posibilidad o no de una ciencia social construida con sus supuestos.

Hoy estas posiciones encontradas cedieron terreno en la búsqueda de una nueva síntesis. Según Guarnizo (2005), los mundos externo e interno no sólo existen sino que se comunican; de ahí la necesidad de evitar la dicotomía epistemológica que enfrenta dos modos de investigación e insistir, también, en el carácter parcial, condicional y tentativo del conocimiento logrado.

Los estudios sobre migración internacional también han estado permeados por la polémica que opuso las interpretaciones macro-estructurales a las micro-casuísticas, debate que confrontó a sociólogos, economistas, historiadores y antropólogos. Algunos explicaron los grandes desplazamientos poblacionales en términos de contingencias demográficas, de comportamiento de los mercados, o de los elementos totalizadores de la estructura social; otros colocaron a los individuos y sus motivaciones en el centro de sus análisis. No faltan las reflexiones entre los que consideran a las sociedades de origen y destino como entidades independientes, o los que las funden en una sola, minimizando o anulando el papel de los Estados nacionales en la dinámica migratoria.

Muchos problemas de la sociedad globalizada se atribuyen al aumento de las corrientes migratorias, sobre todo a las de indocumentados. Las últimas cifras dadas a conocer por la ONU (2004), nos hablan de cerca de 185 millones de personas que viven fuera de sus países de origen, menos de 3% de la población mundial, de acuerdo al mismo organismo; el dato no parecería indicar, por sí mismo, una avalancha humana catastrófica para los países de destino, como se le presenta frecuentemente. Lo que amerita la discusión, más que el volumen de los migrantes, es la relación entre la funcionalidad o disfuncionalidad de la cuestión migratoria para el sistema en su conjunto (Mármora, 2002). Éste es el escenario global de los actores que aquí se analizan: los mexicano-poblano-atlixquenses que se dirigen a Estados Unidos.

En este documento me centro en aspectos particulares de la cultura migratoria en la que ellos actúan y crean los escenarios familiares en la región. En la primera parte selecciono tres escenarios relacionados con las dinámicas familiares: *a)* las expectativas de la migración para la familia y sus integrantes; *b)* las etapas del ciclo migratorio, y *c)* la posición del migrante en el grupo familiar. En la segunda parte ejemplifico con la presentación del caso de una joven migrante: Flora, como la denominé, se encuentra en este momento en Estados Unidos y sus familiares en México la están presionando para que regrese. El apartado se subdivide de acuerdo a la posición de las tres principales actrices en el escenario familiar: *a)* Flora, *b)* su madre y, *c)* su suegra.

Pretendo avanzar en el conocimiento de los mecanismos que conforman la dinámica familiar en las culturas migratorias de extracción rural e indígena (grupos nahuas) ubicadas en el centro-sur del estado de Puebla. La locali-

zación de las comunidades no se hace explícita para proteger la identidad de los informantes a quienes, por el mismo motivo, se les cambió el nombre. Coherente con la propuesta metodológica discutida anteriormente, se trata de una (re)construcción de la realidad social, en donde se enfatizan artefactos técnico-metodológicos como la observación participativa, la entrevista en profundidad, el análisis conversacional, los testimonios cruzados y la información triangulada. Asimismo reproduzco, con la mayor fidelidad posible, todo un conjunto de expresiones que constituyen el acervo de la memoria colectiva de la migración en estos pueblos y que, según Montesperelli (2003), sirve como referente para normar las conductas entre ellos.<sup>2</sup>

Sin condenar la emigración de México a Estados Unidos, porque representa una oportunidad de mejoría de las condiciones de vida de los que toman la decisión de irse, quiero dejar constancia, también, de los costos sociales resultantes de este modelo de migración ilegal, clandestina, y de alta vulnerabilidad, sobre todo en los niveles familiar, personal y de género.

Los testimonios de los migrantes y sus familiares en el lugar de origen, la manera en que ellos se sitúan coyunturalmente en el escenario de la investigación, condicionan su posición en el análisis de las experiencias, tal vez más que en otros temas. Dada su ambigüedad identitaria, determinada por los dos espacios en que viven, es probable que al encontrarse en Estados Unidos pudieran expresarse de manera diferente. La riqueza de este tipo de investigación reside, precisamente, en la posibilidad de captar los matices y las variaciones desde la mirada de las cambiantes condiciones de vida de los sujetos.

### **Escenarios familiares y los actores en la cultura migratoria en el Valle de Atlixco**

En trabajos anteriores caractericé los elementos que permitieron el desarrollo de una cultura migratoria en el Valle de Atlixco en sus aspectos macroestructurales y regionales (Marroni, 2003; 2006). Destaqué como proceso desencadenante del síndrome de la migración la existencia de una economía campesina de subsistencia en quiebra y una agricultura familiar diferenciada

<sup>2</sup> Anécdotas, relatos, historias de vida, proverbios y frases hechas, instrucciones para la vida práctica, modos de decir y símbolos comunes, se convierten en conjuntos de elementos que surgen de la interacción y se imponen a cada uno como un recurso de algún modo codificado, marco dentro del cual los recuerdos de un grupo asumen forma narrable y sus acciones un orden que se da por descontado en la medida en que se refieren a normas, valores y símbolos compartidos y transmitidos (Montesperelli, 2003:12).

y mercantil en expansión, pero sujeta a la implacable competencia del mercado. Mencioné también el desarrollo de las comunicaciones y de un proceso intenso de integración de las comunidades del valle a su entorno regional y, a través de éstos, al contexto nacional e internacional, condición *sine qua non* para la constitución de redes migratorias y su sostenimiento. Ubiqué cronológicamente los inicios de este proceso a partir de 1985-1986 no sólo por las contingencias internas de la región, sino también debido a que la promulgación de la *Immigration Reform and Control Act*, en 1986, podría haber contribuido a su detonación (Smith, 2003:97). Sin embargo, los migrantes de la región no pudieron acogerse a los beneficios de esta ley, lo que significó la consolidación de la migración indocumentada con todas sus características.<sup>3</sup>

A partir de estas fechas se desencadena un proceso de migración acelerada con el cual, bajo condiciones socioeconómicas específicas, las redes se forman y alcanzan un grado de extensión y complejidad en un plazo increíblemente corto (Binford, 2003; 2004:11). Yo agregaría que la perspectiva del retorno es parte consustancial de su proyecto migratorio. Y, por último, llamaría la atención sobre la selectividad de los migrantes por género debido al aumento de las mujeres en los flujos migratorios

*Primer escenario familiar: el proyecto migratorio  
y la visión de Estados Unidos*

La creación de un imaginario propio de estos grupos vincula sus proyectos de vida con las decisiones de migrar al norte, en particular a la región de Nueva York.<sup>4</sup> Esta construcción colectiva se sustenta en razones explícitas

<sup>3</sup> El dato presentado por Binford (2004) de una encuesta aplicada a diez comunidades de Puebla y Veracruz —según el cual menos de 8% había entrado con papeles legales en su último viaje a Estados Unidos— está de acuerdo con la apreciación etnográfica realizada en la región. México es la mayor fuente de indocumentados de la Unión Americana y el crecimiento de la migración indocumentada ha sido exponencial recientemente: de 2 millones en 1990 a 4.8 millones en 2000 y 5.3 en 2002. De 1990 a 2002 la población de migrantes legales procedente de México se duplicó, mientras la ilegal creció 165% (Passel, 2004).

<sup>4</sup> Nueva York para los mexicanos fue descubierta por los poblanos, gran parte de ellos procedentes de la mixteca poblana, el valle de Izúcar de Matamoros y Atlixco. Existe enorme discrepancia entre las fuentes sobre el número de poblanos en esta región (que incluye la misma ciudad y los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut). Las cifras llegan a variar entre 500 mil y hasta 700 mil en estos tres estados (Cohen y Estrada, 2002:28 —de acuerdo con información del consulado mexicano en Nueva York—). En la ciudad de Nueva York se calcula que hay entre 250 mil y 275 mil mexicanos, donde se incluye a los migrantes y a los

de que las posibilidades de mejoría en sus estándares de vida son imposibles sin la experiencia migratoria de alguno o varios miembros de la familia. ¿Se trataría de una revolución de las expectativas, expresión tan grata a las teorías de la modernización como eje explicativo del fenómeno migratorio? ¿Un mejor costo de oportunidad propiciado por la decisión de migrar, como apuntan los economistas? ¿Un producto de la reestructuración mundial en la forma de la globalización? ¿Un conjunto de motivos particulares para buscar el *sueño americano*?<sup>5</sup>

El otro gran eje imaginario es la necesidad de vivir la experiencia de manera propia y no a través de otros. Se manifiesta en la expresión "*para que no me cuenten*", frecuente en los relatos cuando se exploran los motivos de la migración y que hablaría del encogimiento del mundo logrado a través de la comprensión espacio-temporal:

Los aparatos de comprensión espacio-temporal tienen sus propias genealogías y contribuyen a la aniquilación del espacio a través del tiempo, creando la posibilidad de experimentar el mundo como una entidad pequeña, más fragmentada pero más integrada. (Ribeiro, 2003:71)

En este contexto, las decisiones de migrar implican sentimientos ambivalentes cuyo resultado son los inciertos proyectos de retorno; éstos dan un carácter a los movimientos circulares y dejan abierta la posibilidad de establecerse en cualquiera de los espacios en que se mueven los migrantes.

En las comunidades, los familiares cultivan celosamente la idea del retorno del migrante, y así se lo hacen saber; a su vez, éste retroalimenta estas expectativas con sus contactos de mayor o menor frecuencia, pero también dejando signos visibles de su intención;<sup>6</sup> las inversiones locales, principalmente en el rubro de la vivienda, son los más evidentes. El tener un nicho para vivir en el caso de un posible retorno actúa como un seguro para las eventualidades, siempre posibles, de un proyecto tan incierto como lo es el de la migración

---

mexicoamericanos nacidos en Estados Unidos (Smith, 2003:88). De éstos, la proporción de poblados oscila entre 45 y 60%, según las diversas estimaciones.

<sup>5</sup> Lo más correcto es entender la migración internacional como un fenómeno multicausal que puede ser desentrañado a partir del estudio de sus dimensiones específicas.

<sup>6</sup> Durand sostiene que "en la hora de la partida hay dos tipos de migrantes: aquel que ya empezó la cuenta regresiva del retorno y que su único objetivo es volver y aquel que, en el momento de llegar a su destino, quema las naves y decide nunca más volver. (...) En el caso de la emigración mexicana se podría afirmar que la inmensa mayoría de los migrantes están en la primera categoría, de ahí la pertinencia de explicar teóricamente el fenómeno del retorno" (Durand, 2005:312). En la región, la división no es tan tajante, ya que la perspectiva de retorno está siempre matizada también por la posibilidad de quedarse a vivir en los Estados Unidos.

indocumentada; pero también funciona como un recurso simbólico: manifiestan el éxito de la migración y la fidelidad al terruño, elementos destacados en los discursos de los varones, menores en el caso de las mujeres.

Para los migrantes circulares la perspectiva de envejecer en Estados Unidos no parece atractiva. Su ambivalente visión de este país representa uno de los aspectos transcendentales cuando se analiza la cultura migratoria de la región. De acuerdo con Mármora (2002:77-78), la presencia de imágenes exofóbicas (prejuicios de las minorías hacia la sociedad que los acogió y la tendencia a la guetización) y endofóbicas (necesidad de asimilarse a la sociedad huésped negando los valores del país de origen) coexisten de manera contradictoria también entre los migrantes originarios de las comunidades del valle de Atlixco.

Si la nación estadounidense representa la tierra prometida, lo es para los que están dispuestos a trabajar. Los migrantes saben que para obtener los beneficios esperados deben estar dispuestos al trabajo duro, de manera constante, sin contemplaciones, y sin distraerse con los peligros que la sociedad americana ofrece a los incautos y despilfarradores. Para los indocumentados la movilidad social es lenta y difícil; laboran diez, doce horas diarias o más durante seis días a la semana, sin contratos o prestaciones; no obstante, llama la atención el que parecen aceptar la situación como parte de los costos que deben saldar para alcanzar su meta. Muchos se muestran orgullosos de la confianza que sus patrones depositan en ellos, de las posibilidades de trabajo que siempre se les presentan, y hasta de cambiar de empleo cuando no les gusta.

Ellos no asocian conscientemente las condiciones laborales con los salarios precarios, más bien diferencian los ingresos en función del costo de vida en la sociedad estadounidense. Su percepción de que “se gana mucho, pero también se gasta mucho”, está vinculada al carácter mercantil de los bienes y no a los reducidos salarios que reciben. A diferencia de las comunidades de México, “allá todo se paga y se compra” son reflexiones comunes cuando se expresan en torno al tema; por ello “allá, hasta la mujer debe trabajar”, es un enunciado que casi ninguno llega a admitir en las comunidades de origen.

Aceptar la necesidad del trabajo extradoméstico no significa, en el caso de las mujeres en Estados Unidos, un cambio radical en relación a la ideología de género asumida por los(as) migrantes. No obstante, puede abrir un espacio de negociación con los varones en la medida en que muchas mujeres incorporan a su comportamiento nuevos valores relacionados con la división sexual del trabajo que hacen extensivos a su posible regreso a México.

Si los valores del mundo laboral son incorporados a la existencia cotidiana de los migrantes en Estados Unidos, posiblemente por necesidades

prácticas, las relaciones familiares y de género que predominan en aquel país representan una amenaza para ellos. El modelo de familia ahí es, según su percepción, demasiado laxo. Las mujeres son “liberadas”, y las mexicanas migrantes no aceptan los papeles que en México les son propios:

Tan buena gente que era la Chabelita, después que se fue a Estados Unidos se tornó una cabrona... Allá las mujeres quieren mandar y a cualquier maltrato luego amenazan con denunciar a los maridos... (...) ... y viene la policía para meterlos al bote...

Esto, según los varones, erosiona la institución matrimonial. Aunque se escuchan voces defendiendo lo positivo de un modelo familiar basado en relaciones de género más equitativas, se considera que existe una inversión de valores en la familia norteamericana, antes que una convivencia saludable: “Aquí los hombres nos humillan, pero allá no es así. Allá las mujeres se *vengan*, humillan a los hombres...” —concluye con cierta satisfacción una indígena de 56 años, aunque ella nunca había migrado—.

Parece ser una apreciación general que las mujeres consideran disponer de un mejor estatus en la sociedad norteamericana en el caso de las relaciones con los hombres.

La visión prevaleciente del género en los estudios de migración enfatiza la “crisis de la masculinidad” y “la femineidad liberadora”, bajo los cuales, por ejemplo, los hombres de primera generación, que habitualmente se suponen indocumentados, se perciben como deseosos de volver a la casa o se imaginan regresando, mientras que las mujeres quieren establecerse o se imaginan haciéndolo, porque los hombres pierden estatus y poder en los Estados Unidos, mientras las mujeres lo ganan. (Smith, 2006:24)

El autor invita a reflexionar sobre esta proposición que es sin embargo aceptada en muchos análisis (Espinosa, 1998; Goldring, 1997; Pessar, 1999). No es tanto que a ellas les guste la vida norteamericana, sino el temor al retorno de las relaciones patriarcales que caracteriza a la dinámica pueblerina de la que un día han salido (Espinosa, citado por Arias, 2000). En consecuencia las mujeres, a diferencia de los varones, son menos propensas al retorno y prefieren permanecer en Estados Unidos, lo que coincide con la observación empírica del presente trabajo.

No obstante, las visiones de hombres y mujeres se aproximan cuando se trata de comparar los modelos de familia norteamericana y mexicana en otros aspectos tales como las relaciones con los hijos y hasta la responsabilidad hacia sus mayores (los padres). Ambos coinciden en que el trabajo y el con-

sumo son los factores que rigen la vida de las personas en aquella sociedad. Cuando marido y mujer están insertos en esta dinámica, los niños y jóvenes crecen sin control, a la deriva, y son presa fácil de comportamientos desviados (ser captados por pandillas, consumir drogas o alcohol, llevar una vida promiscua, o “fracasar”<sup>7</sup> en el caso de las mujeres). Además, a su modo de ver, la erosión de la autoridad paterna es fomentada hasta por el mismo gobierno, como afirmaba, bastante sorprendido, un migrante:

Ahora los padres no pueden reprender a su hijo, porque él llama [a] la autoridad por teléfono y pueden hasta quitar los niños de los padres...

La idea de que el gobierno norteamericano dispone de los niños y puede sustraerlos de la tutela de los padres, o que éstos van a perder el control sobre sus hijos adolescentes, es una de las imágenes que llega a actuar para una decisión del retorno; a éstas se añade la preocupación por el posible reclutamiento de los jóvenes para la guerra. La percepción de los beneficios de la política social hacia la niñez opera en sentido contrario y puede tornar más compleja la decisión de permanecer en Estados Unidos o regresar a México. Las mujeres enfatizan las ventajas de los programas de seguridad social que garantizan la cobertura completa de las necesidades de sus hijos nacidos en Estados Unidos.

Para los migrantes, muchos otros hechos de la vida cotidiana, ya en Estados Unidos o ya en México, muestran una doble identidad no procesada adecuadamente y capaz de explicar su conducta. “Ya no se halla aquí” es la expresión que revela comúnmente este estado permanente de inestabilidad, característico de la migración circular; los sucesivos viajes de regreso a México podrían sugerir, igualmente, que el migrante también “no se halla allá”. Para Ribeiro:

(...) se trata una ambigüedad permanente, es decir, la pérdida de referencias, de pertenencias fijas y estables, la necesidad de asumir que la vida se desarrolla al menos en dos escenarios, cultural, social, política y económicamente contrastantes. De ahí la incertidumbre, la angustia del migrante que no se satisface plenamente en un lugar u otro. (Ribeiro, 2003:170)

<sup>7</sup> La expresión se refiere a las jóvenes solteras que se embarazan fuera de una unión de pareja consensuada por la familia, una trasgresión humillante para ésta y muy penada socialmente. La joven en esta situación es rechazada y puede ser expulsada de la casa, aunque esto no es lo más frecuente en la actualidad. Su fracaso es apuntalado comunitariamente de manera definitiva y a partir del hecho ella sólo puede aspirar a un matrimonio de segunda, es decir, casarse con un hombre viudo, mayor o discapacitado.

Esta ambivalencia resulta esencial para el entendimiento del ciclo migratorio de los habitantes de la región; ciclo en el cual se pueden distinguir tres etapas: la partida a Estados Unidos, la permanencia en este país por un tiempo, y el retorno a México. Y como consecuencia lógica de lo afirmado anteriormente, se dan migraciones recurrentes en donde existen varias partidas a Estados Unidos y diversos retornos a México.

*Segundo escenario: ir y venir. El ciclo migratorio*

Si la decisión de un miembro de la familia de migrar a Estados Unidos es resultado de un consenso, obligación, presión, ruptura, desafío, negociación o discordancia entre los distintos involucrados, no siempre se le puede identificar de manera plena, porque varias de estas circunstancias pueden ocurrir simultáneamente. Muchas veces los miembros del grupo no tienen conciencia de los factores que están en juego cuando uno de ellos ha decidido migrar, o no los quieren hacer explícitos. Se trata de un comportamiento tácito, una complicidad entre ellos para posponer el momento exacto del acto migratorio, o evitar ser testigo presencial del instante en que el migrante abandona a la comunidad y se introduce en el circuito Atlixco-Nueva York.

En este contexto se encuentra la práctica de los migrantes y sus familias de no despedirse, así como un enorme anecdotario de éstas de cómo se enteraron de que un familiar se encontraba en Estados Unidos. Interpreto esta conducta como una salvaguarda por si ocurre algo al migrante, que libere al familiar de la responsabilidad de la decisión, y como una manera de manejar la ansiedad y tristeza provocadas por la separación.

Muchos migrantes relatan que no soportan despedirse de sus familias, por lo que evaden tal situación. Existe, entonces, un común acuerdo que borra del escenario este momento y en el cual los niños también son incluidos, como relata Julio, entonces con 11 años, a propósito de la partida de su madre:

—Cuando se fue tu mamá ¿qué te dijo?

—No me dijo nada, nomás oí que me dio un beso y me dijo adiós, pero ya no... yo no pude despertar; tenía sueño, me volví a dormir; en la mañana ya no la encontré.

—¿Y qué pensaste?

—Pensé que fueron al campo, tal vez fueron a Atlixco, a Puebla a comprar algo, nomás eso pensé; pero nos contó mi abuelito que fueron al otro lado a trabajar; bueno, desde ese día pensé "si lo hace por nuestro bien, no los culpo".

Como Julio, los familiares acaban incorporando en su mente la certeza de que *ir al otro lado* es un proyecto fincado en el bienestar familiar, aunque no sin sentimientos encontrados o de abandono. La metáfora “ir al otro lado”, transmitida por décadas en México, ¿no será una manera simbólica de destruir las distancias creando el imaginario de una proximidad?

Otro elemento que también juega un papel fundamental en la despedida del migrante es la condición del paso clandestino de la frontera, que en los flujos de la región se da actualmente por el cruce del desierto de Sonora-Arizona. Para la población local, la efectividad de este circuito es confirmada por el paso casi siempre exitoso de los que se deciden a hacerlo, cuando cumplen con las reglas establecidas.

No obstante, los que permanecen están sujetos a dos tipos de mensajes contradictorios: las advertencias de los peligros de esta migración ilegal y los relatos cotidianos, anecdóticos o épicos<sup>8</sup> de los que cruzan con frecuencia y minimizan las tragedias. Los habitantes de los pueblos no están exentos de la tensión que provocan las noticias de la prensa u otro tipo de emisor sobre accidentes y muertos en el intento de cruzar la frontera, como se advierte en el testimonio de Laura. Ella relata que su hijo de 16 años resolvió irse hace más de un año porque su hermano insistió mucho; ella no quería que él fuera:

Yo estaba muy nerviosa, lloraba mucho... El coyote me habló por teléfono y dijo que él garantizaba que en cuatro días el muchacho estaba en Estados Unidos, y me dijo que por favor no llorara, porque a los que les lloran no llegan. Entonces yo procuré controlarme, repitiendo “a los que les lloran no llegan..., a los que les lloran no llegan...”

Esta expresión, “a los que les lloran no llegan”, actúa simbólicamente como una barrera para contener la ansiedad y el sufrimiento de los familiares frente a la separación y la amenaza que representa el cruce de la frontera con Estados Unidos. Retomando a Montesperelli (véase nota 2) se trataría de frases, instrucciones para la vida surgidas de la interacción colectiva en una cultura migratoria sumergida en el riesgo.

La primera llamada telefónica del migrante, ya instalado en el lugar de destino, marca un cambio de etapa en el proceso migratorio e inicia la siguiente: la vida en Estados Unidos.

<sup>8</sup> En los testimonios se encontró a menudo la figura del juego entre el gato y el ratón (migrante vs. patrulla fronteriza) como a continuación se ilustra: “Entonces todos debíamos cruzar el túnel y agacharnos en la salida. De repente, uno no lo hace y gritamos: ‘¡Agáchate, pendejo...!’ Y que vemos una luz en los ojos. Resulta que el pendejo era un oficial de la patrulla fronteriza... y para atrás otra vez...”.

Las redes familiares y de paisanaje reciben al recién llegado, le proporcionan vivienda, información, contactos, y lo ubican en un nicho laboral asignado a su minoría en Nueva York. Los varones se concentran en la industria restaurantera y las mujeres en el trabajo de proximidad (cuidado de niños, ancianos, enfermos o afines, y trabajo doméstico) o en los “talleres del sudor”. Se trata de lo que se llama industria manufacturera degradada donde los *sweatshops* y el trabajo a domicilio son formas comunes de producción (Herrera, 2005: 160). Se reproduce, de nueva cuenta, una segmentación sexual del trabajo en los grupos étnicos migrantes en esta región. En las fábricas de ropa los salarios no sólo son menores, sino que el mercado laboral es más escaso y las oportunidades de ascenso son pocas.

Sospecho que la mayor concentración de hombres en los restaurantes y de mujeres en las fábricas explica en gran parte la disparidad de ingresos que se reportan en el censo de 2000 (15 mil 631, frente a 11 mil 731 dólares anuales). (Smith, 2006:46)

Los alimentos, el vestuario, los aparatos domésticos y electrónicos, algunos servicios ofrecidos por el gobierno (la atención a los niños) son bienes valorados y al alcance de los migrantes. En cambio, la renta de la vivienda y los costos de los servicios (energía, calefacción, etc.) son mencionados como los rubros que más encarecen los costos de vida en Nueva York, aun en las zonas mexicanas como Brooklyn o Queens.<sup>9</sup> Una parte importante de los conflictos cotidianos se deriva de la precariedad de las condiciones habitacionales, ya que los migrantes, debido al problema del costo de las rentas, deben compartir la vivienda entre varias familias o paisanos.

Cuando se explora la percepción de los aspectos negativos de la vida en Nueva York, el hacinamiento, la falta de espacios verdes —sobre todo para los niños— y la ausencia de privacidad son los que aparecen de manera recurrente. La utilización de los espacios comunes como la cocina, el baño, la sala son objeto de agrias disputas; los espacios privados de cada núcleo familiar se limitan a un cuarto que asume el carácter de un reclusorio, sobre todo para las mujeres casadas.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> En 2000 existían en la ciudad de Nueva York 122 mil 550 migrantes mexicanos; 39 mil 605 (32.3%) se ubicaban en Brooklyn; 37 mil 667 (30.7 %) en Queens; 20 mil 962 (17.1%) en Bronx, 19 mil 426 (15.9%) en Manhattan, y 4 mil 890 (4.0%) en Staten Island. Otro número de mexicanos se distribuye en la región metropolitana de Nueva York. Para tener idea del crecimiento de la población mexicana en esta ciudad basta comparar con la cifra de 32 mil 689 existente en 1990 (NYCDEP, 2004). Los atlixquenses migrantes estudiados viven mayoritariamente en Brooklyn y Queens.

<sup>10</sup> Algunas de ellas relatan que, debido a los celos de sus esposos por la presencia de otros

En el vínculo con los familiares de México, los estudios apuntan dos aspectos centrales: el envío de las remesas<sup>11</sup> y el sistema de comunicación establecido, donde se reproducen las relaciones familiares a distancia.

El teléfono, los chismes, los recados y regalos traídos por *los mensajeros*, los viajes circulares de parientes y amigos actúan como un elemento dinámico en la relación de los migrantes con sus familiares y, también, en la decisión para regresar.

Los motivos familiares y personales desempeñan un papel básico en esta decisión. Los más nombrados son el asistir a algún evento de especial significación familiar (bodas, graduación, quince años, bautizo, funeral); atender un problema específico (herencia de tierras, asistir a padres ancianos, resolver un trámite, reunirse o visitar a los hijos que se quedaron en la comunidad o, en su caso, traerlos a México); cumplir una responsabilidad comunitaria; venir a atenderse de una enfermedad o, más dramáticamente, morir en su tierra; escapar de la justicia estadounidense, admitir su desadaptación a la sociedad norteamericana, o el fracaso de su proyecto migratorio. Finalmente, uno de los casos más traumáticos es el retorno forzoso debido a la deportación; ésta implica, casi siempre, una brusca ruptura de la vida cotidiana y una separación violenta de la familia, o parte de ella.<sup>12</sup>

Estos motivos aparecen, en principio, neutrales desde el punto de vista de género, pero no lo son; utilizando la expresión de Martínez Pizarro (2003) sería una visión del retorno interpretado en clave de “hombre adulto”, en donde la especificidad del retorno femenino se diluye.

El atributo de género de la mujer como cuidadora es el factor de mayor peso en la decisión de regresar a México, aunque no necesariamente asumido con agrado por ella. En las comunidades de origen se requiere a las mujeres migrantes para: *a)* atender a los padres o suegros ancianos; *b)* proporcionar

---

hombres en la casa, deben permanecer encerradas con sus hijos en el cuarto de la familia, evitando circular en los espacios comunes, lo que les acarrea bastante angustia y problemas con sus pequeños, necesitados obviamente de mayores espacios vitales.

<sup>11</sup> El tema de las remesas, sobre todo en el caso de mexicanos en Estados Unidos, ha ocupado gran parte de los debates en los estudios sobre migración, centrados sobre sus implicaciones positivas o negativas en el desarrollo. Recientemente los estudios han incursionado en la cuestión del género y remesas; el Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP, 2004) ha publicado una compilación de artículos que presenta diversas facetas sobre ello.

<sup>12</sup> Una parte importante de los deportados pertenecen a familias con estatus migratorios mixtos, es decir, en el grupo coexisten ciudadanos norteamericanos (casi siempre alguno de los hijos de los padres migrantes), indocumentados, y migrantes legalizados. La deportación de algún miembro indocumentado rompe bruscamente la unidad familiar, genera serios desajustes, puede separar dramáticamente a niños de sus padres o a la pareja misma, amén de lesionar sus derechos humanos.

ayuda cuando existe un familiar enfermo en la familia; c) reasumir su rol materno cuando la persona que atendía a sus hijos no puede o no desea seguir haciéndolo, situación que ocurre sobre todo cuando éstos entran en la adolescencia.

Las mujeres también suelen adelantarse al regreso de su pareja en sus planes familiares de reinserción en México, aunque esto después no se concrete. La separación de los hijos es el factor principal que motiva el retorno de las mujeres en un número importante de casos. En otros, la decisión es resultado de una presión de su compañero y a la que ella cede después de intentar negociar. Lo contrario también puede ocurrir: volver a México en oposición a la voluntad de él, que desea su permanencia en Estados Unidos. En todo caso la situación de los hijos —de los que se quedaron en la comunidad, pero también de los nacidos en Estados Unidos cuando los hay—, juega un papel fundamental en los patrones de circularidad migratoria femenina.

El comportamiento de los varones y las mujeres suele ser diferente en los casos de deportación o de cualquier tipo de separación forzosa de la pareja: las mujeres, por lo general, tienden a acompañar a sus compañeros cuando ellos son expulsados de la Unión Americana; pero cuando la repatriada es ella, la respuesta no es la misma, no hay reciprocidad.

Finalmente, no se conocen casos de mujeres que hayan regresado por un problema con la justicia norteamericana, para cumplir una obligación comunitaria, recibir una herencia, o emprender un negocio, motivos que a menudo sustentan el regreso de los varones.

Los motivos coyunturales del retorno a México se desvanecen por su naturaleza, se resuelven o se los acepta como sin posibilidad de solución. Algunos conflictos familiares se agravan revividos por la convivencia cotidiana y los mutuos reproches ocasionados por la larga separación. Se olvidan, a veces en poco tiempo, los anhelados sueños del reencuentro familiar y de concordia en el seno del grupo. Están dadas las condiciones para un nuevo ciclo de desplazamiento de los protagonistas.

También los proyectos de establecerse en México pueden diluirse, aunque no en tan corto tiempo. Las oportunidades de establecer un negocio propio —ya que ningún migrante retorna con la idea de tener un patrón en México— no son tan prometedoras como se las imaginó en un principio, aun cuando se regresó con planes y capital para ello. Los recursos pueden ser consumidos por alguna contingencia familiar desfavorable, enfermedades, por un cálculo equivocado de inversión, o por el simple despilfarro.

Así, un migrante exitoso, con vocación de próspero emprendedor, empieza a pensar en regresar a Estados Unidos. Diagnostican que él:

No se halla más en su comunidad, ya vivió demasiado tiempo del otro lado...

Él y su familia negociarán, no explícitamente en la mayor parte de los casos, la decisión de volver *al norte*; se inicia un nuevo ciclo característico de la migración circular.

*Tercer escenario familiar: la posición en la familia del migrante*

La posición del migrante en el grupo familiar se relaciona en gran medida con el patrón migratorio hegemónico en el contexto local; éste es, en principio, el que determina con sus prácticas usuales (demográficas, económicas y sociales) qué tipo de sujetos son susceptibles de engancharse en los circuitos migratorios y quiénes no lo deben hacer, aunque siempre habrá transgresores que actúan como percutores de los cambios en los patrones de selectividad imperantes.

En las comunidades rurales del Valle de Atlixco distingo tres patrones característicos de procesos migratorios, de acuerdo con la posición del migrante en el grupo familiar: *a)* la migración del varón casado, en donde esposa e hijos permanecen en la comunidad, *b)* el desplazamiento de la pareja (juntos, o con el posterior traslado de la mujer) y la permanencia de sus hijos con los abuelos, y *c)* la migración de jóvenes solteros.

Se pueden señalar aún los siguientes patrones migratorios emergentes: *a)* la migración de la mujer adulta mayor que, debido al establecimiento del esposo e hijos en Estados Unidos, decide reunirse con ellos en aquel país; *b)* el desplazamiento de la mujer adulta que va reunirse con el esposo y parte de sus hijos mientras los demás se quedan en la comunidad (solos o con hermanos mayores); *a)* los menores y adolescentes que migran solos, un fenómeno que adquiere connotaciones dramáticas en varios estados de la república y que ya aparece en la región.

El caso del varón que migra dejando esposa e hijos en la comunidad predominó al inicio de los flujos en el Valle de Atlixco, y sigue siendo importante. Sin embargo, a diferencia de la época pionera, este patrón no se mantiene estático: la práctica de que el hombre debía circular entre México y Estados Unidos hasta regresar al terruño, mientras la esposa y los hijos debían esperar en la localidad, se ha erosionado. En contrapartida, hoy se imponen dos tendencias: la migración de los jóvenes varones (pero también de las jóvenes), y la integración de las mujeres casadas o con hijos a los circuitos migratorios, ya con sus compañeros, ya en tiempos diferidos.

La migración de las mujeres, sobre todo jóvenes solteras, o casadas, su retorno, o un patrón de circularidad femenina, representan un fenómeno que requiere mayor atención por la importancia que está adquiriendo para las

nuevas configuraciones familiares. De hecho este fenómeno estaba, hasta hace poco, invisibilizado en los estudios sobre migración, ya que se caracterizaba a los desplazamientos femeninos como pasivos, asociativos, y poco circulares.<sup>13</sup>

En menos de una década, la migración de jóvenes solteras pasó de ser un comportamiento restringido y prohibido, a uno permitido y hasta estimulado por la misma familia. No equivale todavía a la de los varones solteros, puesto que se siguen observando ciertas restricciones a la movilidad de las jóvenes; sin embargo, a diferencia de las primeras migrantes que enfrentaron grandes obstáculos, las que ahora desean hacerlo parecen disponer de mayores apoyos.

En Estados Unidos, la mayoría de ellas constituye una pareja uniéndose con un joven de la región o de origen mexicano. Excepcionalmente las jóvenes llegan a unirse con un migrante de otro país latinoamericano, y no se constató ningún caso de un joven, hombre o mujer, que haya constituido pareja con algún norteamericano(a).

En las comunidades las jóvenes casadas —a diferencia de sus madres, a quienes difícilmente se les presentaba esta opción—, pueden elegir entre migrar junto con el marido o permanecer en el pueblo; la mayoría está optando por irse, pero hay un factor que cambia sustancialmente la decisión: el momento de hacerlo. Si no lo hacen inmediatamente después de su boda, las probabilidades de que se embaracen son elevadas, ya que las parejas recién casadas no utilizan métodos anticonceptivos; en consecuencia, cuando deciden irse, deberán separarse del hijo<sup>14</sup> y dejarlo a cargo de familiares, casi siempre los abue-

<sup>13</sup> De ahí se desarrollaron una serie de premisas sobre la migración femenina que, si bien fueron válidas en ciertas circunstancias, se transformaron en leyes reproducidas por el aparato académico e institucional sin las debidas mediaciones. Entre estas premisas se pueden destacar las siguientes: a) la migración femenina tiene como motivación principal la reunificación familiar o razones asociativas (mujer como acompañante del varón migrante); b) las mujeres migran distancias más cortas que los hombres, por lo que tienden a ser mayoría en las migraciones internas y minoría en las externas; por lo tanto sus circuitos migratorios son más cortos; c) las mujeres realizan menos movimientos migratorios que los hombres, esto es, son menos circulares que ellos y tienden a migrar para establecerse en la sociedad de destino.

<sup>14</sup> La dinámica del paso de indocumentados por la frontera, y para los migrantes procedentes de la región, implica la separación del niño de sus familiares. Los adultos lo hacen por las rutas del desierto; los bebés y niños pequeños son entregados a un *coyote(a)* para que sean internados en el país a través de las garitas fronterizas, utilizando documentos generalmente originales de hijos de otros migrantes ya nacidos en Estados Unidos, o falsos, inclusive. Los menores en esta situación son entregados a una persona designada en Estados Unidos en tanto llegan sus padres. El encuentro no se realiza sincrónicamente al propio internamiento del niño. Las deportaciones u otros problemas legales pueden retrasar, o inclusive impedir, la reunificación del niño con sus padres; en ocasiones, generan situaciones dramáticas de desencuentro.

los paternos, dado el predominio del sistema de parentesco patrivilocal, o de los maternos, de acuerdo a los cambios más recientes en este sistema.

Varias interrogantes se imponen. ¿Hasta dónde la cultura migratoria imperante amortigua las tensiones resultantes de la separación de padres, madres e hijos? ¿Qué significado implica el trasladar a los abuelos la responsabilidad de criar a los niños? ¿Hasta qué punto sirve también como apoyo y justificación para que el padre, pero sobre todo la madre, pueda migrar? ¿Qué implicaciones tiene?

El relato de una conversación grupal, captado en el velorio de un migrante que había muerto en Estados Unidos, muestra cómo estas cuestiones están presentes en estos colectivos:

Alicia decía que cuatro de sus cinco hijos estaban en Estados Unidos y que su hija tenía el marido allá; uno de ellos dejó una nuera aquí, con tres hijos. Le pregunté si la nuera no quería ir y contestó: “No, ella no quería ir, pero su marido quería llevarla y quería que yo me quedara con los tres nietos”. Se estableció una discusión sobre si los abuelos debían de quedarse con los nietos o no cuando los padres se iban a Estados Unidos. Alicia afirmaba que no, que es mucha responsabilidad: “Mi hijo me dijo ‘bueno, llevo a mi esposa y después mando buscar a los niños’. Y yo le contesté ‘¿qué tal si tú no mandas buscarlos o yo no los puedo dejar ir? ¿Entregarlos a un coyote? y... ¿qué tal después si les pasa algo, qué van a decir?’” Siguen los comentarios: “¿Qué tal si los niños se enferman y quedan con los abuelos? No es lo mismo que sus propios hijos”. Alicia interviene: “Mi marido primero no estuvo muy de acuerdo conmigo, él creía que deberíamos quedarnos con los nietos. Entonces yo le contesté: ‘bueno, si tú les cambias, les das de comer y todo eso, pues vamos a ver...’” Los demás coincidieron con Alicia: “¿Qué tal si van y tienen promesa de trabajo y después llegan ahí y ya no tienen trabajo? ¿Y queda el abuelo con el ‘paquete’ de mantener a los nietos?”

Se introduce el tema siempre sensible de las remesas:

Si no mandan dinero, pues es una responsabilidad; si mandan, después van a pedir cuentas: “¿En qué gastaste?” Si el niño se enferma o cualquier cosa y no hay dinero suficiente entonces dicen: “Yo te mandé”.

Entonces por eso, concluyeron, no debían quedarse con los nietos. Alicia prosigue con su razonamiento:

Si yo tengo cuatro hijos y me quedo con los nietos de uno, después la otra hija me va a traer los nietos, u otro hijo, y van a decir: “Bueno, tú a los nietos de mi hermano los cuidas y a los míos no...”

Es interesante confrontar estos comentarios con la realidad: muchos abuelos(as) están asumiendo la responsabilidad de criar a los nietos debido al aumento de la migración de mujeres que ya tienen hijos (sean unidas, solteras, abandonadas, o viudas). Se trata de niños muy pequeños, bebés inclusive, pero existe una resistencia de los abuelos a asumir el cuidado de nietos adolescentes. Ellos temen no poder controlarlos y evitar los deslices propios de esta etapa, percepción compartida por los propios padres. También existe la idea de que puede ser positivo para los abuelos quedarse con los nietos:

Es mucha responsabilidad, pero muchos dicen que es bueno para los abuelos porque así ya tienen quien los cuide...

En muchos de los hechos narrados hay contenidos semejantes; sobre todo en los casos de migración circular femenina y cuando la madre ha dejado en la comunidad a hijos muy pequeños. La acentuada disputa de afectos, y hasta de la propiedad del niño, es comprobada por el hecho de que estos niños crecen llamando *mamá* a la abuela aunque tengan noticias y contacto telefónico con su madre biológica. Explorar empíricamente cómo procesan los niños esta información me condujo a una respuesta generalizada: ellos desarrollan la noción de que tienen dos madres. La que está con ellos, la abuela, es identificada y nombrada como su mamá; la madre biológica, que se encuentra en Estados Unidos, recibe distintas denominaciones: “mamá Rosa”, “mamá Lucía”, “mamá Lupe”. Para Violeta, su abuelita:

...es mamá; y a Flora, su madre biológica, le dice precisamente madre; los padres de Juan Carlos le enseñaron —tal vez por su residencia en Estados Unidos— que ellos son el papá y la mamá chica, y sus abuelos que los cuidan en México son el papá grande y la mamá grande [*¿grandfather?* y *¿grandmother?*]

Estas designaciones suelen crear dificultades en los procesos de migración circular femenina cuando la madre regresa a la localidad. Ejemplo de ello es lo que cuenta la señora Rosaura, responsable de los niños de una de sus hijas migrantes, cuando ésta regresó:

Ella estuvo algunos días con los niños, pero manifestó mucha extrañeza; no los sabía cuidar, no sabía qué le daban de comer los abuelos; el niño más chico tenía cinco meses cuando se fueron los papás... Una mujer dejó sus niños muy chiquitos y cuando regresó, dos o tres años después, sus niños estaban con los tíos; el niño no la conocía, ella lo quería llevar, pero el niño no la conocía... y ahí quedó, con la hermana...

Si los abuelos tienden a asumir a sus nietos como hijos suyos, aun cuando la madre no regrese, la posibilidad de su retorno les representa una amenaza: “Yo sé, me lo van a quitar...” afirma, temerosa, una abuela que se había encargado de su nieto desde que era bebé, cuando su hija emigró con el marido hace tres años. Para la madre que migra la situación es igualmente estresante, ya que no puede resolver el conflicto entre acompañar al marido y dejar a los hijos, o permanecer con éstos en México y dejar que su esposo se vaya sin su compañía. Y la disputa por la recuperación del hijo puede ser conflictiva y frustrante para ella. El sentimiento de culpa por lo que se considera el abandono de los hijos es siempre intenso y explícito. Angelina explica que su mamá se había responsabilizado de sus niñas cuando ella estuvo en Estados Unidos:

Primero se fue mi marido, y posteriormente me mandó buscar. Dejé [a] mi hija pequeña, con un año... Yo me quedé tres años en Estados Unidos... Después de un año que estaba ahí, me accidenté y me tuvieron que operar. Yo estaba muy asustada y siempre pensé que si no era un castigo de Dios por tener abandonadas a mis hijas. Cuando estaba allá, siempre estaba pensando en ellas, que las había abandonado, y después que tuve el accidente pensé que si no era un castigo...

A pesar de que los sentimientos de Angelina son generalizados entre las mujeres migrantes —y las ambivalencias de los abuelos también—, todo indica que el número de menores y de familias que se encontrarán en esta situación aumentará. La migración circular femenina representa una de las principales transformaciones de los patrones migratorios en la región; repercute cotidianamente en el desarrollo de las nuevas generaciones y en la relación entre los miembros de la familia; afecta el sistema de valores y las normas de comportamientos considerados idóneos para cada miembro de la familia, según su género y generación, como se verá en el caso de Flora.

#### **La migración internacional escenificada a través de tres actoras en distintas posiciones en la familia: la migrante, su madre y su suegra**

Flora es la hija mayor de Patricia y Honorio, un matrimonio indígena que procreó 10 hijos, como era frecuente en la generación de sus padres en las comunidades nahuas del valle de Atlixco, reducto de estos grupos. Estudió hasta la primaria y después trabajó en el campo con sus padres o desempeñó actividades diversas siempre vinculadas con su familia extensa.

Mi primer contacto con el caso de Flora fue cuando conocí a su madre en el mercado de Atlixco, en 1998. Entonces la señora me comentó que Flora

estaba ya, finalmente, en Nueva York, aunque ella no había estado de acuerdo con la decisión de su hija:

Es que desde de los 14 años quería irse y no la dejábamos... Hasta que dijo [hace unos días] que si no la dejábamos: "Íba a conseguir diuero preslado e igual se iba". Entonces mi esposo dijo que mejor la dejábamos porque así, por lo menos, sabíamos con quién se iría...

Bajo una perspectiva de género, es en la migración internacional en donde más se perciben las limitaciones a la movilidad física de la mujer:

... la movilidad femenina está circunscrita a ciertas motivaciones, a ciertas etapas en la trayectoria de vida, a ciertos tipos de actividad y a determinadas formas de residencia que no afectan la condición de casaderas de las mujeres solteras, y la fidelidad de las casadas sin que existan formas de control semejante respecto de la sexualidad y la movilidad masculina. (Szasz, 1999:170)

Una de las modificaciones generadas por la nueva segmentación sexual del trabajo es precisamente la ruptura de estos patrones rígidos que restringían los desplazamientos de las mujeres a nivel internacional, como se ilustra en el caso de Flora.

#### *Flora, joven migrante: la difícil autonomía conquistada y amenazada*

Al inicio del proceso migratorio en la región sólo algunas jóvenes, como Flora, pudieron romper el cerco que restringía su movilidad. Para vencer la resistencia del núcleo familiar básico, las jóvenes tienen un recurso innegable: las redes de la familia extensa y de paisanaje (Woo, 2001). Flora enfrentó la oposición familiar, representada por la actitud de su madre. La posibilidad de concretar su proyecto ha dependido de la ayuda de sus primos migrantes, algunos de los cuales ya vivían en Nueva York.

Cuando la conocí, en 1999, acababa de llegar de Nueva York, aparentaba menor edad que la que tenía (23 años), se la veía muy sociable y alegre; disfrutaba sus relatos, llenos de buen humor y observaciones agudas, además de reír constantemente. Ella, en la entrevista que mantuvimos entonces, describió así su experiencia en Nueva York:

Luego, hace un año, llegaron mis primos, los que me llevaron, y me decían: "¿No quieres ir? ¡Vamos a Nueva York!". Le digo: "¡Sí!, ¡Sí quiero ir!". Pero ellos pensaban que nomás les engañaba yo. Entonces le dije a mi mamá y a mi

papá: “¡Quiero ir a Nueva York!”. Me dicen “¿Cómo?” Y les digo: “¡Sí!, ¡quiero ir!”. Responde mi mamá: “¡No!, ¿a qué vas a ir? ¡Si eso es sólo para hombres! ¡Las mujeres no deben de ir!”. Le pregunto: “Pero... ¿por qué no? ¡Pues porque no!, responde. Le digo a mi mamá: “¡Sí voy!”. Dice mi papá: “Por mí, como quieras. Tú eres como yo”. Porque mi papá también no le gusta que le estén platicando: “Si quieres ir a conocer, por mí, te puedes ir”. Dice: “Te damos dinero y si quieres ir vete”. Mi mamá insistía: “¡No y no y no!” Mis primos ya habían sacado el vuelo: “Entonces... ¿sí te vas?”. Les digo: “Sí”. Mi mamá que “no y no”. Le digo: “Pues mi papá ya dijo que sí, y sí me voy”. Ya se enojó y luego dice: “Bueno, ya. Está bien, vete”.

Mi mamá no quiere porque luego aquí la gente dice: “¡No! que esa seguro que es bien loca”... Les digo: “¡Déjeme ir! Nomás voy un año y luego me regreso”. “¿Cómo crees que nomás un año? —responde— Si todas las muchachas que van se juntan allá, vas para allá y te vas a juntar”. “¡No! —insisto—. En un año ya regreso”. “¿De veras?” —pregunta. “¡Sí!” —les digo— “Si me dejan ir”. Y sí. En un año ya regresé. Ahora mis tías me dicen que por qué regresé y no me junté. Les contesto a mis tías: “¡No!, porque no. Mi permiso sólo era de un año y pues ¿cómo me iba yo a juntar?”. Ahora mejor voy a pedir otro permiso pero que sea de tres años. (Suelta una carcajada).

Para las muchachas que les gusta trabajar, como yo, sí es bueno que se vayan. Unas mujeres dicen: “¡No!, ¿yo? ¿Para qué quiero ir a trabajar?”, o “me voy a casar y me va a mantener el marido”. Pero yo no pienso así. Yo digo que debe uno de trabajar y es algo para uno misma y no estar esperando a que otra persona le dé. Algunas muchachas sí que no las dejan ir. Una me decía: “¡Ay sí!, yo quiero ir pero mi papá no me deja ir”. “¿Por qué no te deja ir?” —pregunto. “Pues porque dice que no, porque las que van, nomás van de lococonas. Porque ahí hay tanto hombre, que ahí nomás andan de locas”. Le digo: “Si estás aquí o allá, de todos modos andas pa' cá y pa' llá; y una de tus hermanas ya tuvo dos bebés”.

Andar de “locochona” es que ande con un novio y otro y otro; y así nomás, andar cambiando de novio. Yo les decía: “Me quiero ir, pero yo quiero ir a trabajar”.

En Nueva York, Flora vivió en Brooklyn, con sus primos, quienes la apoyaron mucho. Su trayectoria laboral, siempre informal y precaria, tiene el patrón característico de las migrantes ilegales en esta ciudad. Inicialmente cuidó niños de una familia salvadoreña; después empezó a laborar en un pequeño taller de ropa, cuyos dueños eran ecuatorianos; por último, se empleó en una factoría de propietarios rusos que fabricaba ropa de marca. Trabajaba a destajo, seis días a la semana, un promedio de doce horas diarias. Según sus palabras fue un trabajo mejor, ya que con este sistema alcanzaba hasta 500 dólares semanales.

En la narración de ésta su primera entrevista, ocupa un lugar destacado la situación de las jóvenes sobre la decisión de *juntarse* como alternativa

para sobrevivir y permanecer en Estados Unidos, o trabajar para *algo propio* y hasta regresar. Su percepción de este país es ambivalente, pues decide volver a México, al mismo tiempo que valora los aspectos positivos de su cultura, sobre todo la posición de la mujer:

Porque aquí dicen “que la mujer vale menos, que la mujer no sé cómo, que la mujer la echan de menos”; y ahí no, porque ahí vale por igual, porque ahí trabajan los dos, los dos juntan dinero; bueno, para todo valen los dos por igual, y aquí no porque las mujeres tienen menos derechos porque es mujer...

No están claros los motivos reales para su regreso, una vez que reitera insistentemente el cumplimiento de su promesa de quedarse sólo un año y *no juntarse*. Al volver a su vida cotidiana siguió ayudando sus padres y empezó a vender zapatos que adquiriría fuera de la comunidad, desplazándose quincenalmente.

La situación de Flora había cambiado cuando la entrevisté de nueva cuenta en 2001. Tenía una hija recién nacida, Violeta, fruto de la unión con un joven de la región que había conocido en Nueva York. Él también había regresado a su tierra y ambos establecieron una relación, nunca formal, desconocida para su familia y que no prosperó. Enseguida, él regresó a Estados Unidos. No conoció a su hija aunque supo de su existencia y llegó a hablar por teléfono con Flora.

En esta entrevista Flora manifiesta, de nuevo, una ambivalencia en relación a Estados Unidos. Destaca los beneficios de la vida allá, como el acceso a muchos bienes (“allá podría comprar juguetes baratos a mi bebé”), la división sexual del trabajo mucho más equitativa, y la efectiva defensa de las mujeres contra la violencia familiar. No obstante, cuando le pregunté si prefería que su hija creciera aquí o allá me contestó:

—Pues quedarme aquí; bueno, para ella; yo me gustaría que estuviera aquí.

—¿Por qué?

—Pues como le digo porque aquí... estamos aquí, en la casa, bueno yo estoy aquí; como orita... pues vendo huaraches, zapatos; pero estamos aquí las dos, juntas, en la casa. Y por ejemplo, que me vaya a Nueva York y que yo me la lleve ahí, yo la tengo que dejar en una... ¿cómo se llama? en una guardería para que ahí me la cuiden, o poner alguien que me la cuide y yo trabajar. Y no, me gustaría mejor vivir aquí, bueno quedarme aquí y vivir con ella.

También alegaba que no podría llevar a la hija porque el cruce de la frontera es peligroso, separan a los niños de las madres, y citó varios casos tristes sobre ello. Aún así, llega a admitir en el transcurso de la entrevista que

podría volver a Estados Unidos, pero dejaría a Violeta en el pueblo, con su familia.

Después, cuando platicué con Flora, siempre en eventos públicos, la percibí cambiada. Ya había perdido su aspecto juvenil, su apariencia física se asemejaba a la de las mujeres casadas, aunque nunca la vi utilizando los atuendos indígenas característicos. Parecía también más discreta y los comentarios sobre ella eran que pensaba regresar a Estados Unidos. Y es que para las jóvenes que *fracasaron* los horizontes de vida en estas comunidades son limitados; además de la falta de oportunidades laborales, no tienen perspectivas de opción matrimonial: con su “desliz”, sólo pueden aspirar a un matrimonio de segunda (véase nota 7). Flora optó por volver a Estados Unidos y estableció una relación de pareja con un joven de otra comunidad de la región con quien tendría otro hijo. La vida de Flora, allá, sólo se puede conocer por el prisma de Patricia, su madre, y después por Teresa, su suegra.

*Patricia, la madre y abuela: control, apoyo, negociación*

Desde de mi primer contacto con Patricia, madre de Flora, en 1999, hasta el más reciente, al final de 2005, su situación había cambiado: de sus diez hijos, cinco vivían en el solar de la familia y tres se encontraban en Estados Unidos. Ella y su marido cuidaban tres nietos de sus hijos migrantes, inclusive a la hija de Flora, ya de cuatro años.

En la entrevista, realizada en octubre de 2005, Patricia estaba particularmente expansiva y habló ininterrumpidamente sobre Flora desde el momento en que le pregunté sobre ella. No obstante, su tono no era efusivo, sino continuo y hasta monótono. Había un cierto reclamo a Flora, una necesidad de cobrarle por lo que sentía como un agravio (el embarazo) y, tal vez, molestia porque había roto la norma vigente de sólo aspirar a un matrimonio de segunda por su situación de madre soltera. Sentimientos y razones se entremezclan en sus palabras cargadas de emociones. Me informa que Flora ya *se juntó* en Nueva York y que tiene un bebé. Toño, su compañero, es originario de una comunidad de la región, aunque se encuentra hace muchos años en Estados Unidos. Ha manifestado su deseo de casarse con Flora y ya no quiso que ella trabajara, además de que allá no tienen quien le cuide al hijo. Patricia comenta:

Flora no regresa más acá, pero en dado caso regresaría a la comunidad de sus suegros. No sé con quién va a quedar la niña. Yo le dije al muchacho toda la verdad sobre Flora. Hay gente que esconde lo ocurrido en esos casos. Yo no...

No quiero que piense que la niña es mía. Yo platicué con mi yerno en el teléfono: "Mira, pasó esto... Flora tuvo una niña, fracasó, nunca supimos quién era el padre y quiero que sepas, por si decides casarte con ella... No te ocultamos nada, pues así que pienses, y si vas a querer o no llevar a la niña..." Le pregunté si Flora le había dicho a Toño la verdad y me contestó: "Sí, le había explicado, pero yo no quiero mentir a mi yerno, y le dije que piense bien sobre el pasado de Flora".

Me da a entender que Flora se enojó con ella por su actitud y continuó: "No es verdad que yo le dije a Flora que si se juntaba de nuevo, no le iba a dejar más que la niña se fuera con ella".

Entre el amor y el desamor, afectos y rencores, parece transcurrir el drama familiar con la figura de la niña como punto central de la negociación. En otros diálogos, observé que Patricia atribuía a Violeta formas de expresión demasiado complejas para una niña de cuatro años. Es posible que la indujera a manifestar respuestas afectivas muy ambivalentes para con Flora. Su objetivo sería manejar sus sentimientos contradictorios con la hija y la nieta, y procesar, de esta manera, la amenaza del retorno de Flora. En consecuencia podría controlar, sin demasiados daños, la decisión sobre con quién debería quedarse Violeta, si es que el regreso de Flora llegara a concretarse:

La niña me dice mamá, y yo le explico que no debe llamarme mamá, que yo soy su abuela. Me contesta que no, que su mamá soy yo, porque su mamá está en Estados Unidos. A Flora le dice madre y yo le contesto: "No le debes decir madre, le debes de decir mamá..." Mi yerno me contestó que se lleva bien con Flora y si regresan a México podrían llevar a la niña con ellos. Yo le pregunto a Violeta si quiere ir con su mamá o no... Ella me contesta que no, [que] quiere quedarse conmigo, y que tiene mucha rabia de Flora porque nunca le dijo quién es su papá...

Nosotros nunca supimos quién era el padre de Violeta. Nos enojamos mucho, mi marido mucho más, no quería recibir a Flora en la casa. Yo le dije: "Tú no sabes lo que es tener un hijo desde que nace. Además Flora siempre fue muy trabajadora, y siempre nos ayudó".

Y reitera con quién debería quedarse Violeta:

La niña no quiere ir con Flora, quiere quedarse conmigo, pero es muy convenenciera... Cuando le mandan regalos o le dan cosas, la niña dice que se va con ellos, y a lo mejor con el tiempo efectivamente pasa eso. Además es berrinchuda, y cuando la regaño me contesta que se va con su mamá... Pero pienso que es mejor que se quede conmigo. Los hombres, cuando una mujer ya tiene una hija y la criaban... pues puede haber muchos problemas. Como el caso de la Teresita...

la madre se tornó grande, el hombre ya no tuvo interés por ella y entonces se metió con la entenada. Hasta se murió la pobre...

Nunca utilizó la palabra abuso pero dio a entender que es frecuente, y citó casos semejantes. Al final, hace una larga descripción de la conveniencia o necesidad de que Flora y Toño regresen para atender a los padres de él:

Ellos son bien *güelitos* y ya casi no tienen quien les cuide. Tienen varios hijos; aunque Toño no es el *xocoyote*, quieren que él y Flora regresen para cuidarlos. [A] Toño no le gusta y nunca trabajó en el campo; aunque Flora tal vez pudiera ocuparse de los terrenos del suegro... Si Flora viene a México, no regresaría más a Estados Unidos. Ella se quedaría cuidando a sus suegros y al bebé, aunque Toño posiblemente se iría de nuevo a aquel país.

Las palabras de Patricia no sólo expresan su interpretación o su deseo en previsión de lo que pudiera ocurrir, están ancladas en profundas tradiciones. Como se verá posteriormente, la obligación de atender a los padres ancianos es una regla y una obligación sagrada para el *xocoyote*, dado el sistema de herencia patrilineal y el patrón de residencia virilocal predominante en estas comunidades. La migración no puede borrar estas concepciones del mundo, pero ha contribuido de manera determinante a su transformación. Así, el compromiso ineludible del *xocoyote* de ocuparse de los padres en la vejez, se ha desplazado al hijo elegido para ello. La historia de Flora hace reflexionar sobre la naturaleza de estos cambios y sus implicaciones en la vida de las mujeres.

#### *Teresa, la suegra: la ancianidad trastocada por la migración*

En la comunidad señalada por Patricia establecí contacto con Teresa. Se trata de una señora de 70 años que representa más edad. Cuando la ví, en la calle, caminaba con mucha dificultad apoyada en un bastón; tenía los pies deformes, andaba descalza, se veía descuidada y maltratada. También hablaba y entendía con dificultad, aunque posteriormente, ya con más confianza, platicó sobre su situación y la de su hijo Toño con mucho detalle.

Su casa —de ladrillo, repellada con cemento y con piso de mosaico—, está en muy buen estado; se ubica en una esquina; consta de una sala separada de las demás piezas (estructura no muy común anteriormente en las viviendas de estas comunidades) con sillones; un cuarto con una cama matrimonial y otra pieza —relativamente grande—, que era utilizada también como cocina. Ahí había varios objetos que parecían tratarse de mercancías, aunque no era una tienda como tal.

En el patio, al otro lado, hay una casa de adobe, la antigua vivienda; es el padrón usual de los solares cuyas construcciones crecen no sólo en tamaño sino en calidad, en función de los migradoláres. La casa antigua permanece, tal vez, para atestiguar la movilidad social propiciada por el éxito del proyecto migratorio, aunque también puede cumplir otras funciones.

Teresa manifestó preocupación porque su marido, con ochenta años, ya no podía atender las tierras; ahora pastoreaba los animales y ella no lo podía acompañar. Le pregunté sobre el posible matrimonio de Flora con su hijo y me contestó que si ellos se querían, estaba muy bien. Ella se extendió al hablar de Toño, aunque no se refirió a Flora. De acuerdo a sus palabras, Toño se fue hace 15 años, muy jovencito (tenía 16 años), y regresó una o dos veces. Y le pregunté:

“Toño ¿va a venir?”. Asintió con la cabeza y al mismo tiempo contestó que no creía que viniera, aunque le había dicho por teléfono que vendría cuando su hijo estuviera un poco más grande. A Toño no le gustaría trabajar en la tierra. Le pregunté, entonces, por qué debería venir, si no era el *xocoyote*. Me contestó: “Es que nosotros le dimos la casa a él y, por lo tanto, él nos tiene que cuidar. Él siempre enviaba dinero, pero ahora ya no envía más...”

El reclamo de Teresa, debido a la suspensión de las remesas enviadas por Toño, coincide con las conclusiones de otros estudios sobre el tema: cuando los hijos migrantes constituyen su propia familia en Estados Unidos, disminuyen o suspenden los recursos enviados a México. Al explorar mejor lo ocurrido, constaté que la casa a la que se refirió como “de ellos”, había sido construida con las remesas enviadas por Toño desde los Estados Unidos. A las miradas externas parecería difícil entender la lógica de la argumentación de Teresa para justificar el regreso de Toño.

Los patrones de comportamiento —basados en normas de lealtad familiar, anteriormente centrales en la reproducción de estos grupos—, sobreviven a los efectos de la migración cuando son lo suficientemente flexibles para adaptarse a las nuevas circunstancias: Toño no es el *xocoyote*, pero fue elegido para suplirlo. No encontré, en la región, un patrón de comportamiento que explicara los mecanismos sustitutos del sistema basado en la últimogenitura masculina por otro hijo varón que ocupa una posición distinta en el grupo. La elección de los padres sobre el descendiente que se ocupará de ellos, implica un manejo del poder y del afecto sobre los hijos, pero sin una dirección única. Además, los bienes a ser transferidos generacionalmente han perdido su valor material y hasta simbólico en función de las alternativas ofrecidas por la migración. Si antes esta herencia aparecía como un privilegio, ahora puede resultar una carga.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> En un estudio sobre migración y herencia de la tierra en la mixteca poblana, Nava C.

De todas maneras, al hijo elegido le es muy difícil deshacerse de lo que se considera una de las obligaciones más sagradas para estas sociedades. Por ello, la solución vislumbrada por Patricia tiene explicación lógica. Incapaces de abandonar su vida en Estados Unidos para asumir la responsabilidad con sus padres ancianos, muchos varones la transfieren a sus esposas, aún cuando esto signifique interrumpir, y hasta liquidar, los proyectos de vida de su compañera en Estados Unidos.

Existe, entonces, una diferencia de género importante: a las esposas de los *xocoyotes* —o actualmente a las de los hijos elegidos—, se les trapasa el costo personal de la atención de los suegros, una atención asumida, casi siempre, con resistencia o resignación, y nunca del todo aceptada. A su papel de cuidadoras de la familia, se añaden las poco gratificantes tareas de atención a los ancianos. Pero si deben deshacerse de su vida en Estados Unidos, el costo puede ser demasiado alto:

Es importante llegar a calibrar el efecto real de la migración porque está visto que sus consecuencias pueden ser reversibles (...). La reinserción en la sociedad de origen reestructura desfavorablemente las relaciones de género. La mujer pierde parte de los espacios y de la autonomía ganados, con frecuencia se recluye de nuevo en el hogar, mientras el hombre retoma sus ámbitos de actualización y fortalece su posición de jefatura; se reeditan —en una palabra— las antiguas pautas de relación. (Ariza, 2000:52)

Posiblemente ésta sea la disyuntiva enfrentada por Flora y el destino que su madre y su suegra parecen reservarle. Ella vive directamente el peligro de sufrir, junto con su retorno, un revés a la autonomía por la que tanto ha luchado. No obstante, estas afirmaciones deben ser matizadas, porque la migrante, al retornar, ha sufrido cambios importantes, por los que no se puede mirar su situación de la misma manera. Y también porque el contexto del cual salió —en este caso, la región estudiada—, también se ha modificado de manera sustancial.

#### **El desenlace: reflexiones finales sobre los escenarios familiares en contextos migratorios**

¿Aceptaré Flora regresar a México para cuidar a sus suegros? ¿Tendrá opciones frente a ello? Al reflexionar sobre las preguntas tengo en mente la

(2000), encontró que una de las principales preocupaciones de los padres era el hecho de que no tenían a quién dejar la tierras, puesto que sus hijos —la mayoría migrantes a Estados Unidos— no se interesaban por ellas.

imagen de cuando la conocí: vivaz, llena de iniciativa, y una defensora entusiasta del derecho de la mujer a su autonomía por trabajo propio. La imagino en este momento luchando para permanecer en Estados Unidos, aunque haya tenido un retroceso en su libertad de ejercer una actividad fuera del hogar. Diversos estudios destacan la resistencia de las mujeres a volver a sus contextos de origen cuando estos se basan en relaciones demasiado opresivas y patriarcales para ellas, y señalan también el peligro de las regresiones en la autonomía conquistada por estas mujeres.

La migración puede actuar como un factor positivo de cambio en las relaciones de género, pero no de manera automática. Una parte importante de las controversias presentes en los estudios se refiere a las posibilidades de cambio o la persistencia de las prácticas cotidianas en estas relaciones (Marroni y Manjarrez, 2005). Las conclusiones de los estudios se polarizaron, aunque la mayoría de los autores ponderaron la variedad de factores que pueden interferir en una u otra dirección.

De los escenarios familiares analizados en este documento se obtuvieron proyecciones de algunas tendencias ya manifiestas.

A corto plazo, el *sueño americano* continuará alimentando el imaginario de los habitantes de la región y los flujos seguirán nutriéndose de un cada vez mayor y más diversificado número de sujetos dispuestos a alcanzarlo. El incremento de la demanda de trabajo migrante en la Unión Americana —y en particular en la región de Nueva York de la industria restaurantera y del empleo en servicios de proximidad— son elementos estructurales que garantizan la viabilidad de estos proyectos migratorios. La crisis ya permanente de la agricultura campesina en el valle o la necesidad de una mayor inversión en los cultivos florales —la mejor apuesta para el desarrollo agropecuario regional—, actúan también como un propulsor de nuevos desplazamientos. A nivel motivacional y comunitario, se cumple igualmente el cometido de poner el sueño americano al alcance de la mayor parte de los habitantes de la región.

El incremento de las medidas de control fronterizo para restringir el cruce de indocumentados difícilmente conseguirá su objetivo en la región, pero tendrá otras consecuencias en la dinámica migratoria local. Una de las más visibles es el cambio en los patrones de circularidad de los migrantes. Se consolidará la tendencia al espaciamiento del retorno a México frente al aumento de los riesgos y de los costos del reingreso a Estados Unidos. En este sentido, se observará una propensión al establecimiento de los migrantes en la Unión Americana; situación que converge con la del gran número de jóvenes solteros —hombres y mujeres— que constituyen familias en aquel país. Estos nuevos núcleos matrimoniales disminuirán, posiblemente, sus contactos con la región.

La mayor presencia de las mujeres en las corrientes migratorias es uno de los hechos que configura nuevas relaciones familiares en los escenarios regionales. Destaca en especial la apertura de estos grupos al desplazamiento de las jóvenes solteras, donde hasta poco tiempo antes había una oposición férrea a ello. Como es ampliamente admitido en la literatura, esta resistencia se centraba en el caso de la migración internacional, ya que en el caso de la movilidad interna rural-urbana, las mujeres no sólo eran las principales protagonistas, sino que su salida era estimulada por las mismas familias. Surge entonces la interrogante: ¿hasta qué punto las nuevas dinámicas migratorias en condiciones de globalización y de las actuales relaciones México-Estados Unidos diluyen los límites entre la migración interna y externa? Si esto es así, ¿ello favorece la inserción de las mujeres en los flujos internacionales?

Tampoco se puede ignorar la mayor participación de las mujeres con hijos en el circuito Nueva York-Atlixco, ni las dificultades del cruce para los niños debido a la militarización de la frontera del lado estadounidense. En consecuencia, se observará una mayor separación de los hijos de sus madres, la transferencia de su cuidado a otros familiares con algunas de las implicaciones ya ilustradas en este documento.

Otras resonancias, de indispensable señalamiento, es cómo el país huésped, Estados Unidos, se ahorra el costo de reproducción de la fuerza de trabajo apropiándose de ella en edad productiva, cuando los hijos de estas mujeres se convierten, a su vez, en migrantes; además del costo emocional-afectivo de este arreglo. Ya Parella (2003) destaca, para el caso de las migrantes en España, como ellas deben abandonar la atención a sus hijos en su país de origen para dedicarse a cuidar, de manera asalariada, a los hijos de otras mujeres en los países de acogida.

En términos de los costos sociales y emocionales de este modelo migratorio habría que destacar, por último, la situación de los ancianos y, sobre todo, de las mujeres mayores; son ellas las que enfrentan los mayores riesgos al permanecer solas y vulnerables en sus comunidades de origen. Impresionan los relatos depresivos de mujeres que han tenido varios hijos y que se encuentran en esta situación. Por ello, su apelación a normas tradicionales de lealtad de los hijos para con los padres ancianos, debe ser entendida como una reivindicación justa a una vejez digna. Significa, también de manera contradictoria, una injerencia en el derecho de las nuevas generaciones de construir sus vidas en función a sus propias aspiraciones. El panorama evidencia la destrucción de la solidaridad anterior predominante en estas sociedades y su sustitución por mecanismos individualizantes de reproducción en un Estado que no garantiza la protección de sus ciudadanos.

Por todo ello, la emigración de mujeres adultas mayores para reunirse con sus hijos en Estados Unidos —y en cierta medida con el marido, cuando esto es posible después de largos años de separación—, representa uno de los patrones emergentes de migración a considerar. Sin embargo, difícilmente, los descendientes de estas mujeres serán partícipes de su proyecto migratorio. Ellos ya son lo suficientemente autónomos para tener sus propios planes, que no coinciden necesariamente entre sí o con un proyecto familiar colectivo.

En conclusión, los principales escenarios familiares en la región parecen confluir en la separación de los diversos miembros del núcleo familiar, quienes adoptan diferentes patrones de comportamiento para manejar esta separación. Estos implican considerables dosis de amor, solidaridad, desamor y dolor. ¿Quiénes podrían o deberían actuar —y cómo— para fortalecer los primeros, y disminuir los segundos?

Recibido: marzo, 2006

Revisado: mayo, 2006

Correspondencia: Rincón de los Limoneros núm. 56/Fracc. Rincón Arboledas/C. P. 72460/Puebla, Pue./correo electrónico: cs000822@siu.buap.mx

### Bibliografía

- Arias, Patricia (2000), "Las migrantes de ayer y de hoy", en Dalia Barrera B. y Cristina Oehmichen B. (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP)/UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 185-202.
- Ariza, Marina (2000), "Género y migración femenina: dimensiones analíticas y desafíos metodológicos", en Dalia Barrera B. y Cristina Oehmichen B. (ed.), *Migración y relaciones de género en México*, México, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP)/UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 33-62.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann (1966), *A construção social da realidade*, Petrópolis (Brasil), Editora Vozes.
- Bjnfond, Leigh (2004), *La economía política de la migración internacional en Puebla y Veracruz. Siete Estudios de caso*, Puebla, Puebla (México), Conacyt/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- (2003), "Migración acelerada entre Puebla y los Estados Unidos", en Elio Masferrer Kan, Elizabeth Díaz B. y Jaime Mondragón M. (coords.), *Etnografía del Estado de Puebla. Puebla Centro*, Puebla, Puebla (México), Secretaría del Estado de Puebla, pp. 58-67.

- Cohen, Sandro y Josefina Estrada (2002), *De cómo los mexicanos conquistaron Nueva York*, Puebla, Puebla (México)/México, Secretaría de Cultura del Estado de Puebla/Colibrí.
- Durand, Jorge (2005), "Ensayo teórico sobre la migración de retorno: el principio del rendimiento decreciente", en Raúl Delgado W. y Beatrice Knerr (coords.), *Contribuciones al análisis de la migración internacional y el desarrollo regional en México*, México/Zacatecas, Zacatecas (México), Cámara de Diputados LIX Legislatura/Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa, pp. 309-318.
- Espinosa, Víctor M. (1998), *El dilema del retorno: migración, género y pertenencia en un contexto transnacional*, Zamora, Michoacán (México)/Zapopan, Jalisco (México), El Colegio de Michoacán/El Colegio de Jalisco.
- Galindo Cáceres, Jesús (1998), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, México, Pearson Educación/Addison Wesley/Longman.
- GIMTRAP (Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza) (2004), *Remesas, Milagros y mucho más realizan las mujeres indígenas y campesinas*, Blanca Suárez y Emma Zapata Martelo (coords.), vols. I y II, México, GIMTRAP.
- Goffman, Irving (2004), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Goldring, Luin (1997) "Migración Laboral Internacional y espacios sociales transnacionales: bosquejo teórico-empírico", en S. Macías y F. Herrera (coords.), *Migración laboral internacional*, Puebla (México), Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 55-105.
- Grieco, M. Elizabeth y Boyd Monica (1998), "Women and migration: incorporating gender into international migration theory", Center for the study of population, Florida State University, College of Social Sciences.
- Guarnizo, Luis (2005), "La nueva configuración de las migraciones", Conferencia Magistral en el Foro *Migración: reconfiguración transnacional y flujos de población*, 19 a 21 de octubre, Puebla, Puebla (México), Universidad Iberoamericana Puebla.
- Herrera L., Fernando F. (2005), *Vidas itinerantes en un espacio laboral transnacional*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Mármora, Leilo (2002), *Las políticas de migraciones internacionales*, Buenos Aires, Organización Internacional para las Migraciones/Paidós.
- Marroni, Maria da Gloria (2006), "De Atlitxco a Pueblayork. La migración internacional reciente y las transformaciones del campesinado", *Seminario permanente sobre migración internacional. Nuevas tendencias y nuevos desafíos*, voi. II, México, El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía (en prensa).
- (2003), "The Culture of Migratory Networks: Linking Puebla and New York", en Regina Cortina y Mónica Gendreau (ed.), *Immigrants and Schooling: Mexicans in New York*, Nueva York, Centre for Migration Studies, pp. 125-142. [Versión en español *Poblanos en Nueva York Migración rural, educación y bienestar*, trad. de las coordinadoras, Puebla, Puebla (México), Universidad Iberoamericana Puebla, 2004.]

- Marroni, Maria da Gloria y Josefina Manjárez Rosas (2005), “¿Cambian los procesos migratorios internacionales las relaciones de género en las familias rurales? La revisión de un debate polarizado”, ponencia presentada en el IV Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales (Amer), Oaxaca, Oax., 25 a 28 de mayo.
- Martínez Pizarro, Jorge (2003), *El mapa migratorio de América Latina y el Caribe, las mujeres y el género*, Santiago de Chile, Proyecto Regional de Población CELADE/UNFPA (Fondo de Población de las Naciones Unidas)/CEPAL (Serie: Población y desarrollo, 44).
- Montesperelli, Paolo (2003), *Sociología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Moreira, Daniel A. (2002), *O método fenomenológico na Pesquisa*, São Paulo, Thompson/Pioneira.
- Nava C., Martha Elena (2000), *Migración rural, acceso a la tierra y cambios productivos en la Mixteca poblana. Estudio de caso Petlalcingo, Puebla*, Puebla (México), Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, tesis de doctorado.
- NYCDCP (New York City Department of City Planning) (2004), *The Newest New Yorkers 2000. Immigrant New York in the New Millennium*, Nueva York, New York City Department of City Planning, Population Division.
- ONU (Organización de las Naciones Unidas, Asamblea General) (2004), “Estudio mundial sobre el papel de la mujer en el desarrollo. Adición: La mujer y la migración internacional”, Informe del Secretario General, documento núm. A/59/287/Add.1, Nueva York, Naciones Unidas, texto completo en URL: <http://daccessdds.un.org/doc/UNDOC/GEN/N04/531/30/PDF/N0453130.pdf?OpenElement>, última consulta mayo, 2006.
- Parella, Sonia (2003), *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*, Barcelona, Anthropos.
- Passei, Jeffrey (2004), “Mexican Immigration to the US: The Latest Estimates”, *Migration Information Source. Fresh Thought, Authoritative Data, Global Reach*, publicado por Migration Policy Institute, Washington, D. C., URL: <http://www.migrationinformation.org/Feature/display.cfm?ID=208>, última consulta 22 de julio de 2004.
- Pessar, Patricia (1999), “Engendering Migration Studies: The Case of New Immigrants in the United States”, *American Behavioral Scientist*, vol. 42, núm. 4, enero, pp. 577-600.
- Ribeiro, Gustavo L. (2003), *Postimperialismo: cultura y política en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Gedisa.
- Schütz, Alfred (2003), *El problema de la realidad social. Escritos I*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Schwartz, Howard y Jerry Jacobs (1984), *Sociología cualitativa. Método para la reconstrucción de la realidad*, México, Trillas.
- Scudeler, Valéria C. (2005), “Imigrantes valadarenses nos EUA”, *Com Ciência. Revista eletrônica de jornalismo científico*, número dedicado a Brasil: Migrações internacionais e identidade, URL: <http://www.comciencia.br/reportagens/migracoes/migr17.htm>, última consulta 14 de abril de 2005.

- Smith, Robert (2006), *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, México, Miguel Ángel Porrúa/H. Cámara de Diputados, LIX Legislatura/Universidad Autónoma de Zacatecas.
- (2003), “Imagining Mexican Educational Futures in New York”, en Regina Cortina y Mónica Gendreau (eds.), *Immigrants and schooling: Mexicans in New York*, Nueva York, Center for Migration Studies, pp. 93-119.
- Szasz, Ivonne (1999), “La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México”, en Brígida García (coord.), *Mujeres, género y población en México*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 167-210.
- Taylor, S. J. y R. Bogdan (1987), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Barcelona, Paidós.
- Woo, Ofelia (2001), *Las mujeres también nos vamos al norte*, Guadalajara (México), Universidad de Guadalajara.